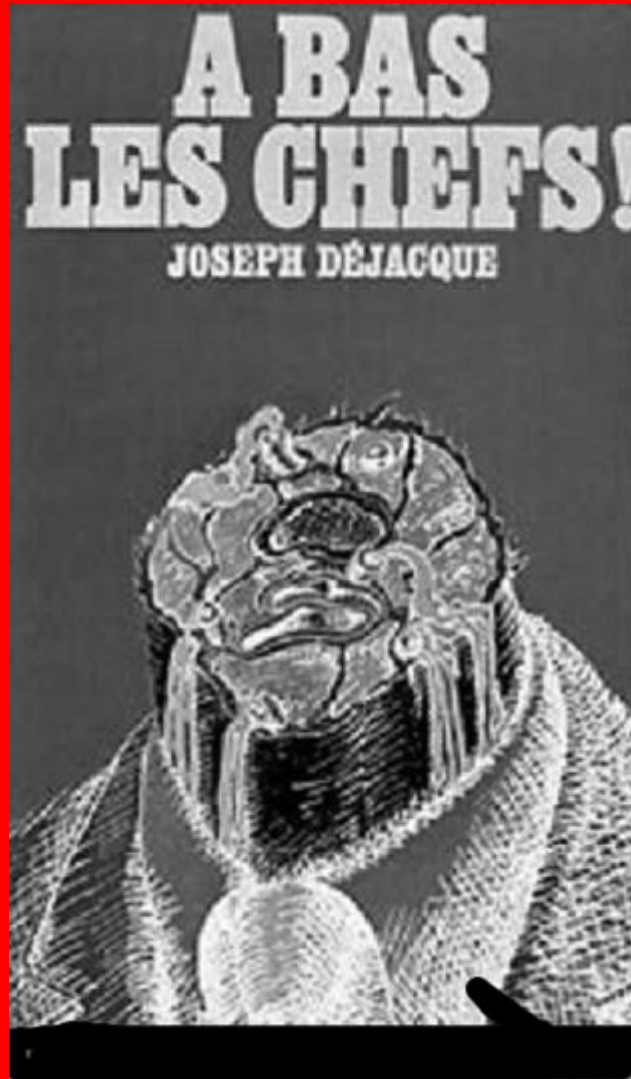


¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)



¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque

(Traducción: Diego L. Sanromán)

¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)



Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.

Publicado por Primera Vez en Diciembre de 2009.

¡ABAJO LOS JEFES!

No nos encontramos ya en los tiempos fabulosos de Saturno, en los que el padre devoraba a sus hijos, ni en los tiempos judaicos de Herodes, en los que se masacró a toda una generación de frágiles inocentes; lo cual, a pesar de todo, no impidió que Jesús escapase a la matanza y Júpiter de ser devorado. Vivimos en una época en la que ya apenas se mata a los infantes por medio de la espada o la dentellada y en la que se antoja de lo más natural que los jóvenes entierren a los viejos. Hércules está muerto, ¿qué ganaríamos con resucitarlo? No podríamos, como mucho, más que galvanizarlo. La maza es menos fuerte que la idea.

¡Salve a toda idea presente y por venir! La autoridad ha reinado durante tanto tiempo sobre los hombres, hasta tal punto ha tomado posesión de la humanidad, que por todos lados ha ido dejando guarniciones en su espíritu. Todavía hoy resulta difícil, salvo en la idea, socavarla desde sus cimientos. Cada civilizado es para ella una fortaleza que, guardada por los prejuicios, se alza como enemiga ante el paso de la libertad, esa amazona invasora. Así, algunos que se tienen por revolucionarios y no juran sino por la

¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)

libertad, proclaman empero la necesidad de la dictadura; como si la dictadura no excluyese a la libertad y la libertad, a la dictadura. ¡Cuánto niño grande, en honor a la verdad, hay entre los revolucionarios! ¡Niños grandes que persisten además en su manía! Que necesitan la República democrática y social, sin duda, pero con un emperador o un dictador, que viene a ser lo mismo, para gobernarlos. Gentes montadas a horcajadas sobre una osamenta de asno y que, la cara vuelta hacia la grupa, los pies en la misma posición y los ojos fijos en la perspectiva del progreso, galopan del lado opuesto al hocico de la bestia y se alejan de aquél tanto más cuanto más camino hacen para alcanzarlo. Tales revolucionarios, politiqueros de cuello pelado, han conservado, junto con la impronta del collar, la mancha moral de la servidumbre, la tortícolis del despotismo. ¡Y son, ay, tan numerosos en nuestras filas! Se dicen republicanos, demócratas y socialistas, pero no sienten inclinación y amor más que por la autoridad de brazo férreo, de frente férrea, de corazón férreo; son más monárquicos, en realidad, que los propios monárquicos, que a su lado casi podrían pasar por an...arquistas.

La dictadura, ya sea una hidra con cien cabezas o cien colas, ya una hidra democrática o demagógica, no puede prestar servicio alguno a la libertad; no puede sino perpetuar la esclavitud, así en lo moral como en lo físico. No es encuadrando a un pueblo de

¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)

ilotas bajo un yugo de hierro, puesto que de hierro se trata, o aprisionándolo en un uniforme de voluntades proconsulares, como se pueden obtener hombres inteligentes y libres. Todo lo que no es la libertad está contra la libertad. La libertad no es cosa que se pueda conceder. No corresponde al capricho de cualquier personaje o comité de salud pública el decretarla o el entregarla como regalo. La dictadura puede cortar las cabezas de los hombres, pero no hacer que vuelvan a crecer y que se multipliquen; puede transformar las inteligencias en cadáveres; puede hacer que los esclavos se arrastren y agiten bajo su bota y su fusta, como si fuesen gusanos u orugas, aplastarlos bajo su dura pisada, pero sólo la libertad puede darles alas. Solamente mediante el trabajo libre, el trabajo intelectual y moral, nuestra generación, civilización o crisálida, se metamorfoseará en una viva y brillante mariposa, revestirá el tipo humano y tomará impulso en la armonía.

Muchas gentes, lo sé, hablan de la libertad sin comprenderla, sin tener de ella ni la ciencia ni el sentimiento. No ven nunca en la demolición de la autoridad reinante más que una substitución de nombre o de persona; no imaginan que una sociedad pueda funcionar sin amos ni criados, sin jefes ni soldados; son iguales en esto a esos reaccionarios que dicen: “Siempre hay ricos y pobres, y los habrá siempre. ¿Qué sería del pobre sin el rico? Moriría de

¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)

hambre”. Los demagogos no afirman exactamente esto, sino: “Siempre hay gobernantes y gobernados, y los habrá siempre. ¿Qué sería del pueblo sin gobierno? Se pudriría en la esclavitud”. Todos estos anticuarios, rojos y blancos, tienen algo de compadres y compañeros; la anarquía, el libertarismo, desbaratan su miserable entendimiento, un entendimiento colmado de ignaros prejuicios, de bobas vanidades, de cretinismo. Plagiarios del pasado, los revolucionarios retrospectivos y retroactivos, los dictaduristas, los vasallos de la fuerza bruta, todos esos autoritarios carmesí que reclaman un poder salvador, croarán durante toda su vida sin hallar lo que desean. Semejantes a las ranas que exigen un rey, se les ve y se les verá siempre cambiar su poste por una grulla¹, al gobierno de Julio por un gobierno de Febrero, a los matarifes de Rouen por los matarifes de Junio, a Cavaignac² por Bonaparte, y mañana, si puede ser, a Bonaparte por Blanqui... Si un día gritan: “¡Abajo la guardia municipal!”, es para gritar al instante: “¡Viva la guardia móvil!”. O bien truecan la guardia móvil por la imperial, del mismo modo que podrían trocar la guardia imperial por los *batallones revolucionarios*. Súbditos eran, súbditos son y súbditos serán. No

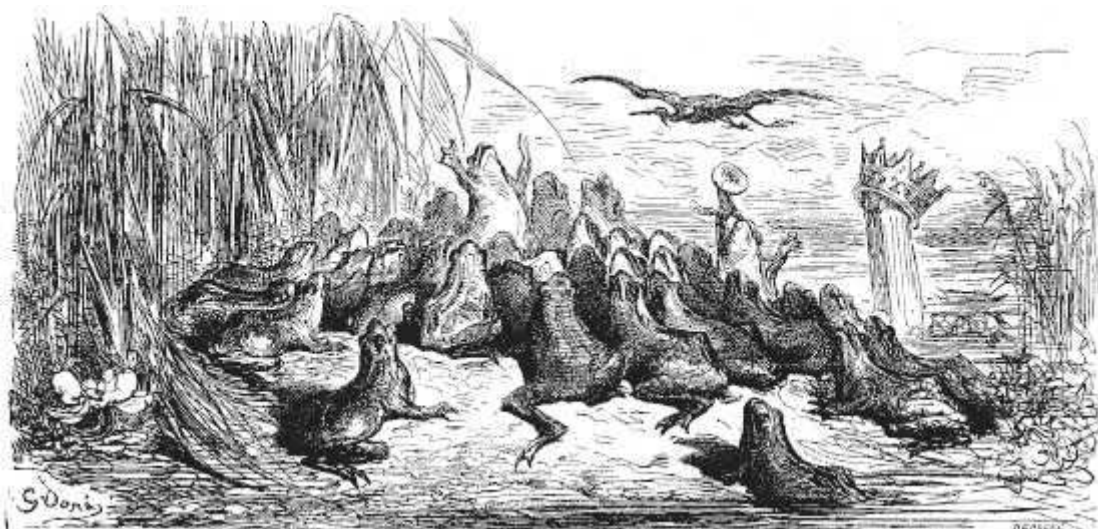
¹ Referencia a la fábula *Las ranas que piden un rey*, que La Fontaine escribió inspirándose en Esopo y Fedro.

² Louis Eugène Cavaignac (1802-1857), general y político francés. Participó en las revoluciones de 1830 y 1848. El 24 de junio de 1848, tras la rebelión de los partidarios de la República democrática y social, la Asamblea Nacional francesa delega en él todos los poderes ejecutivos. Reticente en un principio al uso de medidas represivas, terminará por servirse de ellas con dureza y extinguir el brote revolucionario. En diciembre del mismo año se convierte en Presidente del Consejo de Ministros; para prevenir nuevos desórdenes declara el estado de sitio, la suspensión de los periódicos hostiles al gobierno y la deportación de los insurrectos.

¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)

saben ni lo que quieren ni lo que hacen. Se quejan la víspera de no tener al hombre de su elección y el día de mañana de tenerlo en demasía. En fin, en cualquier momento y con cualquier propósito, invocan la autoridad “de largo pico sobre el mango de un largo cuello”³ ¡y después se sorprenden de que se los coma crudos, de que los mate!

Quien se dice revolucionario y habla de dictadura no es más que un pardillo o un bribón, un imbécil o un traidor; imbécil y pardillo si la preconiza como auxiliar de la Revolución social, como un modo de transición del pasado al futuro, pues se trata siempre de conjugar la autoridad en presente de indicativo; bribón y traidor si la contempla como un medio de ocupar un lugar en el presupuesto y de jugar al mandatario en todos los modos y todos los tiempos verbales.



³ Extraído de un verso de la canción de Léon-Robert Brice *Le Héron*, inspirada en la misma fábula.

¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)

¡Cuántos enanos, sin duda, no pedirían contar cuando menos con zancos oficiales, un título, emolumentos, una representación cualquiera para salir del charco en el que chapotea el resto de los mortales y darse aires de gigante! ¿Acaso el común de los mortales sería siempre lo bastante tonto como para proveer de un pedestal a tales pigmeos? ¿Es preciso que escuchemos en toda ocasión: “Pero usted habla de suprimir a los elegidos por sufragio universal, de tirar por la ventana la representación nacional y democrática... ¿qué pondría usted en su lugar? Pues, en fin, siempre ha de haber algo, siempre ha de haber alguien que mande... ¿Un comité de salud pública, entonces? Que no quiera usted un emperador, un tirano, se comprende; pero ¿quién lo remplazará? ¿Un dictador? Pues no todo el mundo sabe guiarse a sí mismo y es necesario alguien que se consagre a gobernar a los otros...” ¡Eh!, señores o ciudadanos, ¿para qué suprimirlo si es para reemplazarlo? Lo que hace falta es suprimir el mal y no desplazarlo. ¿Qué me importa a mí que lleve tal o cual nombre, que esté aquí o allá, si bajo esa máscara y apariencia, sigue atravesándose en mi camino? A los enemigos se los suprime, no se les sustituye. La dictadura, la magistratura soberana, la monarquía vienen a ser lo mismo, pues ¿reconocer que la autoridad, que es el mal, pueda hacer el bien, no es declararse monárquico, sancionar el despotismo, apostatar de la Revolución? Si se les pregunta, a estos partidarios absolutos de la fuerza

¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)

bruta, a estos predicadores de la autoridad demagógica, de qué manera organizarían tal poder fuerte, los unos responden, como hizo Marat, que quieren un dictador con grilletes en los pies y condenado por el pueblo a trabajar para el pueblo.

Para empezar, distingamos: o dicho dictador actúa por voluntad del pueblo, en cuyo caso no será un dictador, sino la quinta rueda de una carroza, o bien lo será realmente, tendrá en sus manos la guía y el látigo, y no actuará sino conforme a su capricho, es decir, en exclusivo provecho de su divina persona. Actuar en nombre del pueblo es actuar en nombre de todo el mundo, ¿no es así? Y todo el mundo no es científica, armoniosa, inteligentemente revolucionario. Mas admito, para acomodarme al pensamiento de los blanquistas –esa prolongación del carbonarismo, esa francmasonería ba-bu-vista, esos invisibles de nueva especie, esa sociedad de inteligencias... secretas-, que hay pueblo y pueblo, el pueblo de los hermanos iniciados, los discípulos del gran arquitecto popular, y el pueblo en el que se agitan los profanos. Dichos afiliados, tales conspiradores eméritos, ¿se entenderán siempre entre ellos? ¿Estarán siempre de acuerdo sobre todas las cuestiones y en todas sus secciones? Que se lance un decreto sobre la propiedad o sobre la familia, o sobre lo que sea: los unos lo hallarán demasiado radical; los otros, no lo bastante. Mil puñales, de momento, se alzarán mil veces cada día contra el

¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)

condenado dictatorial. No tendrá dos minutos de vida el que acepte semejante función. Pero no lo aceptará en serio, tendrá su camarilla, todos esos perros de presa que cerrarán filas a su alrededor y conformarán un sagrado batallón de criados para hacerse con los restos de su autoridad, con las migas de su poder. Entonces podrá mandar en nombre del pueblo, no digo lo contrario, pero también, sin duda, contra el pueblo. Hará fusilar o deportar a todo aquel que tenga veleidades libertarias. Como Carlomagno, o no sé ya qué rey, que medía a los hombres por la altura de su espada, hará decapitar a todas las inteligencias que excedan su nivel, proscribirá todos los progresos que vayan más lejos que él. Hará como todos los hombres de la salud pública, como los políticos del 93, émulos de los jesuitas de la Inquisición: propagará el embrutecimiento general, aniquilará la iniciativa particular, apagará la luz del día que nace, arrojará las tinieblas sobre la idea social, nos hundirá de nuevo, vivos o muertos, en el osario de la civilización, hará del pueblo, en lugar de una autonomía intelectual y moral, un autómatas de carne y hueso, un organismo de brutos. Pues, tanto para un dictador político como para un rector jesuita, lo que hay de mejor en el hombre, lo que éste tiene de bueno, ¡es su cadáver!

Otros difieren un tanto de estos últimos en sus sueños dictatoriales, en el sentido de que no quieren

¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)

la dictadura de uno solo, de un Sansón unicéfalo, sino con cien o mil quijadas de borrico: la dictadura de las *pequeñas maravillas* del proletariado, consideradas inteligentes por ellos porque un día u otro despacharon ciertas banalidades en prosa o verso, porque pintarrajearon sus nombres en las listas electorales o en los registros de alguna capillita político-revolucionaria; la dictadura, en fin, de las cabezas y brazos desnudos, que le hacen la competencia a los Ratapoils⁴ y tienen como misión, como ha de ser, exterminar a los aristócratas y a los filisteos. Piensan, como los primeros, que el mal no está tanto en las instituciones liberticidas como en la elección de los tiranos. Igualitarios de nombre, están a favor de las castas por principio. Y al poner en el poder a obreros en lugar de burgueses, están ciertos de que todo es para mejor en el mejor de los mundos posibles.

¡Poner obreros en el poder! En verdad que hay que ser olvidadizos. ¿Acaso no tuvimos a Albert en el gobierno provisional? ¿Es posible toparse con algo más cretino? ¿Qué fue sino el blanco de todas las burlas? En la Asamblea Constituyente o Legislativa tuvimos a los delegados lioneses; de haber tenido que juzgar a los representados por sus representantes, aquélla habría sido una triste muestra de la inteligencia de los obreros de Lyon. París nos

⁴ Escultura de Honoré Daumier, símbolo de la demagogia bonapartista.

¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)

recompensó con Nadaud ⁵, espeso talento, inteligencia de mortero, que soñaba con la transformación de su paleta en bastón presidencial... ¡el muy imbécil! Y después estuvo también Corbon, el reverendo de *L'Atelier*⁶, aunque tal vez el menos jesuita, pues al menos él no tardó en quitarse la careta y ocupar su lugar junto a los reaccionarios.

Así como sobre los escalones del trono los cortesanos son más monárquicos que el monarca, así sobre los peldaños de la autoridad oficial o legal los obreros republicanos son más burgueses que los burgueses. Y se entiende: el esclavo liberado y convertido en amo siempre exagera los vicios del latifundista que lo educó. Está tanto más dispuesto a abusar del mando cuanto más se vio inclinado o forzado a una mayor sumisión y bajeza ante quien le mandaba. Un comité dictatorial compuesto por obreros es ciertamente lo más negado y henchido de suficiencia que pueda encontrarse y, en consecuencia, lo más antirrevolucionario. Si se quiere tomar en serio el término salud pública, se trata, para empezar y en toda ocasión, de excluir a los obreros de toda autoridad gubernamental y a continuación, y en cualquier caso, de excluir en cuanto sea posible de la sociedad a la autoridad

⁵ Martin Nadaud (1815-1898). Hijo de campesino y albañil, fue simpatizante del comunismo cabetista en su juventud y miembro de la *Sociedad de los Derechos del hombre*. En 1849 fue elegido diputado por Creuse en la Asamblea legislativa. Es autor de unas monumentales *Mémoires de Léonard, ancien garçon maçon*.

⁶ Periódico publicado entre 1840 y 1850 por obreros seguidores del social-cristiano Philippe Buchez. Su editor era precisamente Anthime Corbon. Corbon fue uno de los cuatro obreros parisinos elegidos para la Asamblea Constituyente de 1848; más tarde se convirtió en uno de sus seis vicepresidentes.

¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)

gubernamental misma. (Más vale tener en el poder a enemigos sospechosos que a amigos dudosos).

La autoridad oficial o legal, sea cual sea el nombre con que se la condecere, es siempre mentirosa y dañina. No hay más autoridad veraz y bienhechora que la natural o anárquica. ¿Quién fue la autoridad de hecho y de derecho en el 48? ¿Fue el gobierno provisional, la comisión ejecutiva, Cavaignac o Bonaparte? Ni unos ni otros. Pues si bien tenían en sus manos la fuerza bruta, ellos mismos no eran más que instrumentos, los engranajes de la reacción; no eran, pues, motores, sino máquinas. Todas las autoridades gubernamentales, incluso las más autocráticas, no son más que eso. Funcionan por voluntad de una facción o a su servicio, salvo en los accidentes provocados por las intrigas, esas explosiones de ambición comprimida. La auténtica autoridad en el 48, la autoridad de salud universal no estuvo, pues, en el gobierno, sino, como siempre, fuera de él, en la iniciativa individual: Proudhon fue su más eminente representante (me refiero al pueblo y no a la Cámara). Fue en él en quien se personificó la agitación revolucionaria de las masas. Y para dicha representación no se precisan títulos ni mandatos legalizados. Su único título procedía de su trabajo; era su ciencia, su genio. Su mandato no procedía de los otros, de los sufragios arbitrarios de la fuerza bruta, sino de sí mismo, de la conciencia y de la espontaneidad de su fuerza intelectual.

¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)

Autoridad natural y anárquica, tuvo toda la porción de influencia a la que podía aspirar. Y es una autoridad que nada tiene que ver con la de los pretorianos, pues es la dictadura de la inteligencia: enardece y vivifica. Su misión no es amarrar ni menguar a los hombres, sino engrandecerlos hasta hacerlos alcanzar la altura completa de su pensamiento, desarrollarlos con toda la fuerza expansiva de su naturaleza mental. No produce, como la otra, esclavos en nombre de la libertad pública; destruye la esclavitud en nombre de la autoridad privada. No se impone a la plebe amurallándose en un palacio, acorazándose con cota de malla, cabalgando entre sus arqueros, como los barones feudales; se afirma en el pueblo, como se afirman los astros en el firmamento, iluminando a sus satélites.

¿Qué mayor potencia habría conseguido Proudhon de estar en el gobierno? No sólo no habría tenido más, sino mucha menos, suponiendo que hubiese podido conservar en el poder sus pasiones revolucionarias. Su potencia le venía del cerebro; todo lo que hubiera sido de tal naturaleza que hubiese entorpecido el trabajo de su cerebro habría sido un ataque a su potencia. Si hubiese sido un dictador de bota y espuela, armado de pies a cabeza, investido de la banda y la escarapela señoriales, habría perdido en politiquear con su entorno todo el tiempo que empleó en socializar a las masas. Habría

¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)

trabajado por la reacción, en lugar de hacerlo por la revolución. Echen, si no, un vistazo al castellano del Luxemburgo, Louis Blanc, acaso el mejor intencionado de todo el gobierno provisional y, con todo, el más pérfido, el que sacó las castañas del fuego a la reacción; el que entregó a los sermoneados obreros a los burgueses armados; el que hizo lo que hacen todos los predicadores, en sotana o ataviados con autoritarias cintas, que predicán a los pobres la caridad cristiana con el fin de salvar a los ricos.



Los títulos, los mandatos gubernamentales, no son buenos más que para las nulidades que, demasiado

¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)

cobardes para ser algo por sí mismas, quieren aparentar. No tienen razón de ser más que en razón de tales engendros. El hombre fuerte, el hombre de inteligencia, el hombre que lo es todo por el trabajo y nada por la intriga, el hombre que es hijo de sus obras y no de su padre, de su tío o de cualquier patrón, nada tiene que enredar con esas atribuciones carnalescas; las desprecia y las odia como un disfraz que ensuciaría su dignidad, como algo obsceno e infamante. El hombre débil, el hombre ignorante, pero que tenga un sentimiento de humanidad, ha de temerlas también: le basta con algo de sentido común. Pues si toda astracana es ridícula, aún es más odiosa cuando blande el sable.

Todo gobierno dictatorial, ya se conjugue éste en singular o plural, todo poder demagógico, no podrían sino retrasar el advenimiento de la revolución social sustituyendo la iniciativa anárquica, la voluntad razonada, la autonomía de cada uno por su iniciativa, cualquiera que ésta sea, su razón omnipotente, su voluntad cívica y forzada. La revolución social no puede hacerse sino mediante la intervención de todos individualmente; de otro modo, no sería la revolución social. Lo que es preciso, pues, aquello hacia lo que debe tenderse, es situar a todo el mundo en la posibilidad –es decir, en la necesidad– de actuar, con el fin de que el movimiento, comunicándose del uno al otro, dé y reciba el

¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)

impulso del progreso y, de tal manera, decuple e incluso centuple su fuerza.

Lo que se necesita, pues, es que haya tantos dictadores como seres pensantes, hombres o mujeres, hay en la sociedad, con el fin de agitarla, de sublevarla, de sacarla de su inercia; y no un Loyola de boina roja, un general político para disciplinar –es decir, para inmovilizar- a los unos y los otros, para aplastar su pecho, su corazón, como una pesadilla, con el fin de ahogar sus pulsaciones; o bien su frente, su cerebro, a la manera de la educación obligatoria y catequismal, con el fin de torturar su entendimiento.

La autoridad gubernamental, la dictadura, ya se llame imperio o república, trono o escaño, salvador del orden o comité de salud pública, ya exista hoy mismo bajo el nombre de Bonaparte o mañana bajo el de Blanqui; ya salga de Ham o de Belle-Isle, ya tenga en sus blasones un águila o un león disecado... la dictadura no es más que el robo de la libertad por la virilidad corrompida, por los sifilíticos; es el mal cesarista inoculado mediante las semillas reproductivas en los órganos intelectuales de la generación popular. No es la jodienda emancipatoria, una natural y fecunda manifestación de la pubertad; es una fornicación de la virginidad con la decrepitud, un atentado a las buenas costumbres, un crimen como el del tutor con su pupila... ¡es un humanicidio!

¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)

No hay más que una dictadura revolucionaria, no hay más que una dictadura humanitaria: la dictadura intelectual y moral. ¿Acaso no es libre todo el mundo de participar en ella? Basta con querer para poder. En modo alguno necesita a su alrededor, y para que se la reconozca, batallones de lictores ni una panoplia de bayonetas; no camina escoltada más que por sus libres pensamientos, no tiene más cetro que el haz de sus luces. No hace su ley, la descubre; no es la autoridad, la constituye. No existe más que por voluntad del trabajo y por derecho de la ciencia. Quien la niegue hoy, la afirmará mañana. Pues no dirige la maniobra refugiándose tras su inercia, como un coronel de regimiento, sino que ordena el movimiento predicando con el ejemplo, demuestra el progreso con el progreso.

-¡Todo el mundo marcando el paso! –dice la una, y es la dictadura de la fuerza bruta, la dictadura animal.

- ¡Quien me quiera que me siga! –dice la otra, y es la dictadura de la fuerza intelectualizada, la dictadura hominal.

La primera tiene como soporte a todos los pastores, a todos los rebaños de hombres, todo aquel que manda u obedece al ganado, todo aquello que tiene su domicilio en la civilización.

¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)

La segunda tiene de su lado a individualidades hechas hombres, a las inteligencias descivilizadas.

La primera es la última representación del paganismo moderno, la noche de clausura definitiva, la despedida del público.

La segunda es el debut de una nueva era, su entrada en escena, el triunfo del socialismo.

La primera es tan vieja que tiene un pie en la tumba; la segunda, tan joven que aún lo tiene en la cuna.

- ¡Vieja! Es la ley: ¡hay que morir!

- ¡Es la ley de la naturaleza, niño! ¡Crececerás!

J. DÉJACQUES⁷

⁷ Artículo: *Las dictaduras providenciales*, publicado en *Le Liberaire* del 7 de abril de 1859.

LA AUTORIDAD Y LA PEREZA

...En anarquía, el consumo se alimenta por sí mismo de la producción. Un humanisferiano no comprendería mejor que se forzase a un hombre a trabajar de lo que comprendería que se lo forzase a comer. La necesidad de trabajar es tan imperiosa en el hombre natural como la necesidad de comer. El hombre no es todo estómago; tiene brazos, un cerebro, y aparentemente es para hacerlos funcionar. El trabajo manual e intelectual es el alimento que los mantiene con vida. Si el hombre no tuviera otras necesidades que las de la boca y el estómago, ya no sería un hombre, sino una ostra y, entonces, en lugar de manos, atributos de su inteligencia, la naturaleza lo habría dotado, como a un molusco, de conchas. “¡Y la pereza! ¡La pereza!”, me gritáis vosotros, oh civilizados. La pereza no es hija de la libertad y del genio humano, sino de la esclavitud y de la civilización; es algo inmundo y contra natura que no puede hallarse más que en las viejas y modernas Sodomias. La pereza es un vicio del brazo, un embotamiento del espíritu. La pereza no es un gozo; es una gangrena y una parálisis. Sólo las sociedades caducas, los mundos envejecidos, las civilizaciones corruptas pueden producir y propagar tales plagas. Los humanisferianos, por su parte, satisfacen naturalmente tanto la necesidad de ejercicio del

¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)

brazo como la necesidad de ejercicio del estómago. Ya no resulta más factible racionar el apetito de la producción que el apetito del consumo. Cada cual ha de consumir y producir según sus fuerzas, según sus necesidades. Al someter a todos los hombres a una retribución uniforme, mataríamos de hambre a los unos y de indigestión a los otros. Sólo el individuo es capaz de saber la dosis de labor que su estómago, su cerebro o su mano pueden digerir. Se raciona la paja de un caballo en la cuadra, el amo concede al animal doméstico tal o cual alimento. Pero, en libertad, el animal se raciona por su cuenta y su instinto le ofrece, mejor que el amo, aquello que conviene a su temperamento. Los animales indómitos apenas conocen la enfermedad. Teniendo de todo en profusión, tampoco se baten entre sí para arrancarse una brizna de hierba. Saben que las praderas salvajes producen más pasto del que pueden tascar y pacen en armonía los unos junto a los otros. ¿Por qué habrían de batirse los hombres para privarse de su consumo, cuando la producción, mediante las fuerzas mecánicas, les aprovisiona más allá de sus necesidades?

- La autoridad es la pereza.

- La libertad es el trabajo.

Sólo el esclavo, rico o pobre, es perezoso: el rico, esclavo de los prejuicios, de la falsa ciencia; el pobre,

¡ABAJO LOS JEFES!
Joseph Déjacque (1859)

esclavo de la ignorancia y de los prejuicios; ambos esclavos de la ley; el uno por sufrirla, el otro por imponerla. Condenar a la inercia las propias facultades productivas, ¿no sería suicidarse? El hombre inerte no es un hombre; es menos que un bruto, pues el bruto actúa en la medida de sus medios, obedece a su instinto. Cualquiera que tenga una porción de inteligencia, no puede sino obedecerla, y la inteligencia no es la ociosidad; es el movimiento fecundador, es el progreso. La inteligencia del hombre es su instinto, y tal instinto le dice sin cesar: “Trabaja; pon a la obra tanto la mano como la cabeza; produce y descubre; las producciones y los descubrimientos son la libertad. El que no trabaja no disfruta. El trabajo es la vida. La pereza es la muerte. ¡Trabaja o muere!”.

JOSEPH DÉJACQUES⁸



Imprimerie Française
américaine & espagnole
ou
J. Félix MAS,
50 Lispenard st., N.-Y

⁸ De *L'Humanisphère*, publicado por *Le Libertaire* n° 12, 7 de abril de 1859.